

PRESUPUESTOS CULTURALES A LA PREHISTORIA DE LOS PUEBLOS DEL PIRINEO OCCIDENTAL Y ZONAS ALEDAÑAS

1. PRESENTACIÓN

Diversas disciplinas pretenden hoy encararse con aspectos concretos del hecho humano en épocas pasadas: su situación, sus precedentes y su desarrollo. Se estudien la morfología racial del hombre, su equipamiento material, su lenguaje, su organización social o su repertorio de costumbres y de creencias parecería necesaria una articulación de los varios saberes que pretenden abordarlos. Pues todos ellos sólo se explican cabalmente —cada uno y como conjunto— en cuanto integrantes de una común estructura cultural en un medio determinado.

El simbólico árbol de la ciencia moderna se ha desgajado, por desgracia, en múltiples especialidades que fraccionan —por una pretendida mayor eficacia y generando sendas metodologías precisas— la teóricamente deseada unidad en la comprensión de la cultura humana. Ciñéndonos a nuestro espacio más inmediato, en estas tierras de confluencia del Pirineo Occidental (o «depresión vasca») con la alta cuenca del Ebro y las estribaciones nordorientales de la Meseta, recordamos que hace algunos decenios se tendían con relativa frecuencia esos deseados puentes de relación entre disciplinas próximas, globalizando los conocimientos y produciendo hipótesis sugestivas de explicación de la dinámica cultural. Por recordar ejemplos conocidos, todos hemos manejado con provecho textos magistrales referidos a la conformación de las etnias ibéricas en el Pirineo Occidental y, en general, en todo el tercio septentrional de la Península: por P. Bosch (1923, 1926, 1932, 1945), J. M. de Barandiarán (1934, 1953) y J. Caro Baroja (1943, 1945), combinando referencias geográficas, lingüísticas, arqueológicas, antropológicas, etnográficas y de citas de eruditos antiguos. O los concretos de P. Bosch Gimpera (1942) y de A. Tovar (1950) intentando encajar muestras obtenidas en controles stratigráficos, toponímicos y etnográficos en una explicación coherente de la entidad, cauces, reiteración y arraigo de las «invasiones célticas» del I Milenio a.C.

En los últimos tiempos, la acelerada polarización en disciplinas y especialidades produce entre nosotros siempre lamentables situaciones de desconocimiento mutuo y hasta de tergiversación de las opiniones, cuando no cadenas de hipótesis abiertamente contradictorias. En el inicio de este Colóquio Internacional he creído interesante reunir algunas ideas concretas de las que participamos la mayoría de los arqueólogos al caracterizar la cultura material de las poblaciones de nuestra Prehistoria avanzada. Es útil que los lingüistas reflexionen sobre los datos que la arqueología de campo o la tipología instrumental, y hasta la antropología física, pueden hoy asegurar sobre el componente de las etnias «indígenas» que a fines del II Milenio y en la primera mitad del I van a verse afectadas por las supuestas invasiones. Y muy en particular conozcan los precedentes próximos de aquellas situaciones de contacto cultural, de aculturación y cambio.

La arqueología pretende deducir del estudio de las evidencias materiales de la cultura, sus formas, función y estructura. El arqueólogo, como cualquier científico especialmente dedicado a

analizar y resumir aspectos de la cultura humana, funciona a menudo —y más o menos conscientemente— a partir de paradigmas o (como ahora se dice, de moda) de modelos de interpretación. Series de conceptos no discutidos y de obsesiones de método configuran de modo obligado las actitudes epistemológicas de cada uno de nosotros, lastrando el proceso de investigación que quisiéramos objetivo y condicionando en lógica nuestras interpretaciones. La pertenencia a un grupo, una escuela o una generación generaliza la subordinación a tales modelos de referencia de todo colectivo de arqueólogos. Del mismo modo que en otros grupos de disciplinas que quisiéramos convergentes con la nuestra —como la antropología física, la paletnología o la lingüística— obsesiones, preocupaciones y programas propios matizan y limitan todos los capítulos de la investigación. Ningún arqueólogo, ningún estudioso de la cultura humana en estas épocas, como anota afinadamente E. Neustupny (1976, p. 241), «aborda su disciplina en tabla rasa: adquiriendo un paradigma en su época de formación se le convierte en trama de fondo de todo su trabajo ulterior. El arqueólogo se ve así a la vez ayudado y constreñido por tales esquemas o paradigmas de referencia, acaso con más intensidad que los que estudian otros aspectos de la cultura humana desde otras perspectivas».

La reflexión crítica de nuestro colectivo va superando los paradigmas anteriores y sustituyéndolos por otros que creemos más ajustados o menos arriesgados. En este proceso de pérdida de los modelos de interpretación (Neustupny 1976, p. 246) los arqueólogos occidentales parecen haber dejado aquellas opiniones significadas en las sucesivas posturas de escuela que todos conocemos a lo largo de este siglo: de G. Kossinna, expresamente interesado en la teoría de la migración sin caer demasiado en la cuenta de las complejas situaciones que toda migración suscita; de O. Montelius y sus seguidores que ponen el mayor énfasis en reconocer el proceso de cambio cultural como evolución de la tipología de los instrumentos y en ella el primer control y la caracterización última de cuanto la ciencia arqueológica sería capaz de percibir y de explicarse; o la escuela histórico-cultural de Viena inmediatamente obsesionada por los mecanismos de difusión y arraigo cultural entre áreas. El estructuralismo o el funcionalismo de hace pocas décadas o la aplicación indiscriminada, en estos últimos lustros, de una metodología de análisis matemático o espacial suponen otros tantos intentos de superar los planteamientos parciales de aquellas escuelas precedentes. Pero, con su pretensión de exclusividad, inciden en tantos riesgos de limitación —otros, sin duda— de aquéllos.

Dejando aparte esos riesgos, el recurso primario a los efectivos arqueológicos —es decir, el control de las formas, de las técnicas y de los usos significativamente reiterados— y su justificada cuantificación producen datos de información que no pueden ser soslayados por aquellos otros arqueólogos, o colegas paletnólogos, lingüistas o historiadores. Desde esa perspectiva me permito, pues, señalar aquellos presupuestos arqueológicos que no pueden ser desconocidos por cuantos pretenden determinar las características de otros procesos culturales concomitantes. A fin de cuentas, se trata de resolver el dilema continuidad/discontinuidad de las situaciones culturales en estas zonas y épocas planteándolo, con un estricto método arqueológico, en cada uno de los temas que objetivamente podemos analizar: el utillaje en sus tipos y tecnología, la arquitectura doméstica y su urbanismo, los usos o ritos funerarios, los sistemas de explotación de recursos, de asentamiento y distribución de las poblaciones, o la iconografía. Su concreción estratigráfica definirá, además, la secuencia de las formas o su integración en otros contextos: es decir, la cronología y seriación de cada proceso y la dinámica del cambio o de la aculturación.

En el momento presente, de diez años a esta parte, hay una tendencia generalizada entre los arqueólogos a utilizar cuadros de periodización de escala suficientemente amplia como para poder abarcar con elasticidad los cada vez más numerosos grupos territoriales individualizados. El

anterior prurito taxonomista de claves abundantes y complejas llenas de subdivisiones organizadas con ordinales que pretendían articular todas aquellas situaciones particulares en un solo cuadro (Bronce II, o Hierro Ia, o Hallstatt C, por ejemplo, como etapas de un proceso que se pretendía unificar por convergencia) está siendo arrinconado por la obsesión de matizar los controles particulares de los casos concretos que se dan en cada yacimiento. En suma, sustituyendo los estadios, los períodos o las etapas por los horizontes o las situaciones. Se reconocen cada vez con mayor seguridad no tanto líneas de delimitación lateral entre áreas de cultura próxima o de sucesión diacrónica entre los diversos lotes de *fósiles directores* cuanto bandas territoriales o momentos en que se solapan, combinan o faltan numerosos caracteres hasta hace poco considerados exclusivos de una región o etapa determinadas.

De entrada, se pueden resumir los tópicos que de modo habitual repite o en los que cae la literatura arqueológica sobre las culturas «paleohispánicas» en nuestro territorio: a veces por inercia y a menudo sin demasiado convencimiento.

- la importancia del influjo renovador derivado de los invasores de la Primera Edad del Hierro, cuyo argumento se suele acompañar de:
 - hipótesis sobre el número, procedencia y cronología de las diversas oleadas;
 - sugerencias sobre sus zonas de asentamiento y probables ocupaciones;
 - definiciones circunstanciadas de las aportaciones técnicas o instrumentales, lingüísticas (toponímicas u onomásticas), rituales, urbanísticas o sociales que les son atribuibles;
- cierto olvido —una vez puesta la fuerza del argumento a favor de aquellos invasores— de los múltiples factores que matizan la complejidad del tema y que soportan la trama básica de etnias y comportamientos sobre la que se asentarían. Por ejemplo, de la importancia excepcional de los movimientos anuales de trashumancia pastoril en el ámbito pirenaico, desde Aquitania a la Meseta y a la cuenca del Ebro, y viceversa;
- la tendencia a repartir en parcelas temporales exentas el devenir cultural de la Prehistoria reciente y de la Protohistoria: lo que provoca una atención deformadora a lo distinto y una sublimación de diferencias que, muy probablemente, no debieron resultar tan claras, ni todas, las que un contemporáneo perspicaz pudiera haber anotado entonces en sus paisanos;
- la falta de interés por otras circunstancias que las inmediatamente implícitas en las corrientes migratorias y que, desde luego, explican de por sí, y hasta suficientemente, preferencias en modos de vida o de explotación, ritmo e intensidad en los intercambios, actitudes de asimilación o de rechazo, contactos entre inmigrados e indígenas, etc.

Quienes hoy estudian la Prehistoria del Pirineo vasco y zonas vecinas participan de un repertorio básico de opiniones comunes, en las que se justifican con bastante facilidad los caracteres culturales del País en su desarrollo. Son esos presupuestos, en síntesis:

- el reconocimiento de las variedades de paisaje y de las lógicas diferencias en posibilidades de aprovisionamiento y hábitat;
- el sentido de continuidad en el proceso de las culturas que se suceden aquí durante milenios: empalmándose secuencias de estratos, perdurando modos de subsistencia y tecnologías, desarrollándose sin cesuras aparentes las adaptaciones culturales;
- la importancia de las migraciones internas, de carácter temporario a menudo, en la difusión de novedades y en el intercambio cultural;
- la existencia de múltiples contactos «menores» con otras etnias y áreas culturales que matizan parcialmente, y a menudo de modo efímero, las características genéricas de las situaciones «mayores».

Curiosamente ese fondo argumental en el que se apoyan bastantes de las síntesis más recientes sobre etapas anteriores de nuestra Prehistoria (así el Paleolítico terminal, el Epipaleolítico/Mesolítico, las innovaciones del Neolítico, la era dolménica y el Calcolítico, o la plena Edad del

Bronce) deja de ser tenido en cuenta al enfrentarse nuestros especialistas con el pretendido carácter unificador y de cambio drástico que se atribuye de modo habitual a los invasores del Bronce Final y Primera Edad del Hierro.

2. UNOS PRESUPUESTOS BÁSICOS SOBRE LA PREHISTORIA RECIENTE EN EL PIRINEO OCCIDENTAL

Se ha reiterado, con razón, lo diferencial de la etnia vasca en lo que le es exclusivo, o al menos propio: en antropología física, en lengua y en abundantes elementos de cultura tradicional. Pero, a veces y por eso mismo, se ha infravalorado por omisión la situación de Euskal Herria como lugar de paso: susceptible de recibir múltiples influencias ajenas y de producirlas a la recíproca, con respecto a otros grupos y pueblos que traspasan el Pirineo, de Aquitania a la Meseta, o van del frente atlántico al interior de la cuenca del Ebro y hacia/desde territorios más remotos. En un justo medio se debe reconocer, pues, la peculiaridad del hecho vasco, con rasgos propios enraizados en plena Prehistoria; pero no aislado sino intercambiando series concretas de elementos con bastantes de las etnias de su entorno no siempre necesariamente inmediato.

Fue durante los Milenios III y II antes de la Era cuando se produjo en estas zonas la acumulación más llamativa de elementos innovadores. Cuando detecta el prehistoriador suficientes efectivos humanos y técnicos, bien caracterizados, como para reconocer la conformación de una etnia. La habitación de los grupos humanos se produce tanto en cuevas o abrigos rocosos —sobre todo en la vertiente septentrional del País— como en poblados incipientes o en chozas «al aire libre» («talleres», «fondos de cabaña») —en extensas zonas de Álava, Navarra y Rioja empalmando con la Meseta y el resto de la cuenca del Ebro—. En ese sistema doble de asentamientos se significa tanto la prolongación de los propios de los grupos anteriores de cazadores-recolectores del Epipaleolítico como la innovación suscitada por la incipiente agricultura y pastoreo del Neolítico. En lo funerario se aprecia una tendencia mayoritaria al uso de recintos de inhumación colectiva, tanto en el interior de cuevas, como al arrimo de rocas o en construcciones megalíticas; pero se observa, en el paso del III al II Milenio, la presencia de modas diferentes, como la inhumación individual (en hoyo, en cista: así en la llamada «intrusión» campaniforme) o ritos de cremación parcial.

No es fácil al arqueólogo distinguir etapas internas suficientemente delimitadas en tipología o en estratigrafía en el seno de ese *continuum* cultural que en el País Vasco empalma el Neolítico Pleno con el Calcolítico y éste con el Bronce Pleno; y que, como parece probable, enlaza éste con el Bronce Final y el desarrollo de la Edad del Hierro. Y los intentos meritorios por estructurarlo en etapas o períodos, como por ejemplo hizo Apellániz hace diez años sobre los modelos de lo depositado en las cuevas de Santimamiñe (Cortézubi) y Los Husos I (Elvillar), pueden ser discutidos al detalle: por la escasez y probable significación específica de las estratigrafías y series de evidencias consideradas.

En algunos yacimientos de la vertiente meridional, tal como ha anotado A. Llanos (1981, p. 50), se puede asegurar el paso de una economía pastoril-ganadera a otra agrícola, y básicamente cerealista, entre los siglos VI y V según lo fechado con seguridad en el poblado de La Hoya (La Guardia). Se piensa que ese cambio, en la transición de la Primera a la Segunda Edad del Hierro, pudo ir acompañado de otras diferencias culturales significativas: en cuanto a la organización del espacio urbano (según aseguran las mismas excavaciones en La Hoya) y probablemente en estructura social de los grupos y su distribución territorial.

Un milenio antes había tenido lugar otro importante proceso de cambio. Al producirse, en el Bronce Pleno, el abandono de la mayoría de las cuevas y el asentamiento de las poblaciones en

cabañas; y al extenderse prácticas de recolección con hoces (es ahora cuando proliferan las «hojas» en sílex) que coexisten con la economía tradicionalmente pastoril.

Hace diez años E. Vallespí (1972, pp. 245-248) subrayaba con decisión una opinión compartida por muchos de cuantos han reflexionado sobre el pasado del pueblo vasco, cuyo sustrato genético se asegura «en el asentamiento humano permanente en la región desde el Neolítico avanzado hasta la Edad del Hierro». Frente a estaciones exclusivas de lo hallstático, hay en el País yacimientos, de reciente excavación, cuya sucesión de estratos evidencia una continuidad de ocupación y de desarrollo cultural a lo largo de varios milenios: desde el Neolítico Pleno o Avanzado (a mediados del III Milenio) y Neo-Eneolítico por el trascurso de la Edad del Bronce y del Hierro hasta época romana. Nuestro territorio conoce desde los años 2500/2000 a.C. una notable densidad de población y existen indicios racionales de núcleos de habitación bien estructurados al menos desde medio millar de años antes de la «urbanización» atribuida a los invasores célticos.

Diversos planteamientos teóricos analizan la intensidad del impacto de las gentes y culturas de la Edad del Hierro en esta zona, así como las situaciones que se suscitan al contacto con los pueblos asentados de antemano en el territorio. Se coincide en reconocer, al final de esos siglos de relación, un mestizaje, o aculturación, entre elementos «indígenas» e «importados». Piensan algunos que las trazas del complejo hallstático hoy detectables «no parecen suponer una superposición estratigráfica (ni una conquista, de hecho) sobre el Bronce indígena recipiendario» sino que, en la mayoría de las ocasiones (Vallespí 1972, p. 247), «debe interpretarse como la fijación en el territorio de un nuevo poblamiento, con sus comunidades emplazadas casi siempre en lugares no habitados con anterioridad, quedando... un mismo territorio ocupado desde entonces por dos poblamientos ecológicamente distintos. No debió haber, por tanto, separación territorial ni arrinconamiento residual del poblamiento indígena».

Por lo mismo, sólo se entenderá correctamente el proceso de romanización del País valorando el peso del sustrato cultural de cada zona, su grado de indigenismo o de indoeuropeización. De la fachada atlántica a la Ribera o a la Alta Meseta hay suficientes matizaciones bio-ecológicas, de disponibilidad de recursos y de posibilidades de asentamiento y explotación como para exigir un tratamiento más determinado en la interpretación de fuentes literarias y de inscripciones.

Las explicaciones que se vienen dando sobre la aparición y teórica difusión de las especies cerámicas del «vaso campaniforme» —que invade amplias extensiones de Europa entre los siglos XXIV y XVIII/XVI, esto es, en el Calcolítico e inicios de la Edad del Bronce— ofrecen llamativas coincidencias con las que se emiten al tratar de la expansión de las evidencias culturales de la Primera Edad del Hierro. Salvando no muchas distancias, me parece que el planteamiento de orígenes y difusión de las situaciones culturales del Bronce Final y Primera Edad del Hierro adolece de los mismos tópicos conceptuales (y de léxico incluso) que llenan las numerosas páginas dedicadas por los arqueólogos al campaniforme. De ciertas semejanzas formales y decorativas en estos recipientes y de una bastante generalizada comunidad de usos funerarios (inhumaciones individuales con determinado equipamiento de ofrendas) se ha inducido, con alguna ligereza, un parentesco más profundo —de ascendentes a derivados— entre los diversos territorios europeos donde se hallaron aquellos tipos cerámicos. Se ha teorizado, así, sobre las *oleadas* (organizadas en varias series de arribada, retroceso y de *reflujo*), se ha improvisado incluso un soporte demográfico/racial (de braquicéfalos nórdicos) que sería su promotor y difusor, se ha atribuido a aquellas «gentes» un ritual funerario propio como derivado de un sistema particular de creencias e iconografía, y hasta se ha pergeñado toda una estructura cultural de base en que aquella *moda cerámica* se articula y explica en un contexto complejo de innovaciones (así, la domesticación del caballo, algunos tipos de construcción funeraria, ...). No es ésta ocasión de citar al detalle auto-

res y títulos recientes —desde los 60 ahora— sobre el fenómeno campaniforme, pero sí de recordar un repertorio de los términos más empleados en ellos, como: oleadas, reflujo, pueblo, raza, invasión, comerciante y misionero, cultura... Es evidente el exceso lógico en que se incurre al inducir de datos exclusivamente técnicos y formales de un concreto repertorio de objetos tales definiciones paleontológicas y de interpretación cultural general. Lo que, de rechazo, ha de suscitar una severa llamada cautelar entre los que —arqueólogos o no— afrontan un problema parecido de difusión de elementos y de aculturación a partir de finales de la Edad del Bronce.

En suma, podemos hoy sostener —a partir de evidencias arqueológicas— que las poblaciones del Pirineo vasco y zonas vecinas (I. Barandiarán-E. Vallespí 1984, p. 225), como sustrato étnico sustancial, se hallaban «ya totalmente vertebradas en el Bronce Pleno cuando, sobre las bases proporcionadas por gentes cazadoras de raíz paleolítica superior y epipaleolítica, se asientan modos de vida propios de pastores y de agricultores, que rápidamente se extienden». La *etnia* así constituida ofrece caracteres propios no sólo en lo concerniente a ajuares y sistemas de subsistencia, de tal modo que se pueda hablar «desde entonces (a mediados del II Milenio a.C.) de poblaciones antropológicas, cultural y (acaso) lingüísticamente bien caracterizadas, dentro de un contexto territorial más amplio».

3. LA DIVERSIDAD DE PAISAJES Y DE TERRITORIOS

El estudio de un mapa de distribución de las evidencias arqueológicas reconocidas en esta zona en esos siglos de la Prehistoria Final y de la Protohistoria revela notables diferencias de densidad entre unas áreas y otras. Lo que —al margen de razonables reticencias sobre la representatividad de la menguada muestra controlada o sobre el grado diferente de intensidad en las prospecciones —puede corresponderse con una real diferencia en la densidad de la ocupación humana. Motivada, razonablemente, en buena parte por las características de los diversos paisajes, que suscitan o dificultan el asentamiento y explotación de los territorios. Aunque carecemos, todavía, de otros controles complementarios al arqueológico que nos permitieran decidir los móviles concretos que indujeron a aquellos grupos humanos a escoger o a rehuir tales parajes, la Etnología comparada asegura algunos puntos de apoyo para la mejor comprensión de los comportamientos de aquellos pastores y agricultores. Pues se han apreciado notables coincidencias formales y funcionales en muchos elementos de cultura identificados en aquellas poblaciones prehistóricas y en otras de carácter tradicional en el País: tal como reiteradamente ha demostrado J. M. de Barandiarán.

El Pirineo Occidental y los territorios aledaños ofrecen, por una parte, en su vertiente atlántica, una estructura orográfica intrincada, con escasas zonas llanas y con valles estrechos entreverados con cordales montañosos y sierras. Por otra parte, la gran extensión meridional —que drena al Ebro— presenta diversas matizaciones de paisajes abiertos (del somontano a la ribera), con una climatología más extremada (en diversas matizaciones de lo sub-oceánico a lo continental). En esta simplificación didáctica han solido basar nuestros prehistoriadores su argumento de una dualidad básica en la conformación de las culturas del País. Distinguiendo entre territorios de costa y de interior (así en la interpretación de las evidencias paleolíticas), formalizando sendos modelos de referencia en Santimamiñe (Vizcaya) y Los Husos (Álava) para agrupar los yacimientos del Neolítico a la romanización; diferenciando arquitectura y ajuares dolménicos según provengan de tierras de valle o de montaña; y hasta delimitando los antropólogos sendas áreas mayores de asentamiento de poblaciones pirenaico-occidentales y mediterráneas gráciles más al Norte o más al Sur del País.

En el período precedente al de la presencia de los elementos hallstáticos en estas tierras se produjo, según los paleoclimatólogos, la situación del llamado Subboreal. Datado entre los años 3000 y 800 a.C. se corresponde en la mitad meridional de Europa con un desplazamiento de la masa del aire polar hacia el Sur y, en consecuencia, con un deterioro general del clima en el conjunto del Continente. Lo que significa, en nuestro territorio, un incremento del frío y también de las precipitaciones: situación que perdurará en el período siguiente, el Subatlántico. En las zonas de interior de la depresión del Ebro o de la Meseta es obvio que aquellas condiciones de mayor pluviosidad significan precisamente las de *optimum* climático absoluto durante la primera mitad del Primer Milenio antes de la Era. Con una cobertura suficiente, buenos suelos laborables y las mejores circunstancias para una economía mixta de cerealistas y ganaderos. Situación que complejos procesos posteriores —naturales y antrópicos— han mermado a su lamentable estado actual, en una erosión superficial y desertización progresivas de esos lugares.

4. LOS GRUPOS HUMANOS IDENTIFICADOS

Sinceramente, no se sabe nada de la tipología racial de quienes aquí vivieron en los poblados de la Edad del Hierro. Los ritos de cremación/incineración han eliminado toda traza susceptible de caracterización antropológica. Sólo alguna circunstancia absolutamente excepcional ha permitido recuperar restos óseos intactos: como es el caso del reciente hallazgo de muertos violentamente en las calles del poblado de La Hoya, en época ya tardía (actualmente en estudio por J. M. Basabe).

Hace no mucho resumí (I. Barandiarán 1984, pp. 71-73) los rasgos básicos de la conformación antropológica de los habitantes del Pirineo Occidental en la Prehistoria reciente. Las colecciones que poseemos para decidir los procesos de conformación de esas etnias desde el III Milenio hasta mediados del I son muy reducidas y de localización muy limitada. No cubren suficientemente todo el ámbito territorial interesado y faltan para épocas relativamente amplias o de significado decisivo (como por ejemplo, y precisamente, toda la Edad del Hierro). Las series de mayor interés antropológico han sido sistemáticamente analizadas por T. de Aranzadi, R. Riquet, M. Fusté y J. M. Basabe y sintetizadas sus características generales —en el cuadro general de la antropología racial contemporánea— por ellos mismos y por J. M. de Barandiarán y P. Marquer. Esas colecciones proceden de diversos enterramientos colectivos del contexto Calcolítico o del Neolítico avanzado, tanto en cuevas como en dólmenes ubicados en zonas muy concretas: sobre todo del Oeste alavés (cuevas de Fuente Hoz, Gobaederra —aquí con unos 67 individuos—, Lechón, Arralday, Calaveras, etc.; dólmenes de Cuartango), de La Rioja (dólmenes de La Cascaja y del Alto de la Huesera...), de diversas zonas pastoriles de montaña en Aitzgorri, Aralar y Urbasa, de Tierra Estella (Hombres Verdes)...

El Neolítico y la Edad del Bronce supusieron para Europa etapas de extraordinario interés no sólo desde una perspectiva técnica y cultural sino en cuanto a difusión y asentamiento de los grupos de población. Tales procesos demográficos han sido adecuadamente sintetizados en la espléndida tesis de R. Riquet (1967). El componente humano del Paleolítico Superior parece prolongarse, en el Sudoeste europeo, en el inmediato Epipaleolítico/Mesolítico. Y fue con el Neolítico antiguo occidental, dentro del V Milenio, cuando se distinguen en el panorama racial del Pirineo Oriental (J. L. Guerrero 1977) las tres series básicas del componente humano habitual en los milenios inmediatos: los paleomorfos —cromañooides y negroides—, los mediterráneos robustos y los mediterráneos gráciles. Elementos habitualmente identificados a lo largo del Neolíti-

co Pleno y Final, sin que se haya podido decidir su adscripción exclusiva a ninguna de las *facies* culturales internas del Neolítico catalán.

El Calcolítico y el desarrollo de la Edad del Bronce suponen un cambio sustancial en ese panorama, con la presencia de braquicéfalos —de origen centroeuropeo y quizá alpino— que cruzarían la Cadena por sus pasos orientales (Guerrero 1977, pp. 35-37), mezclándose en minoría con los indígenas y cediéndoles algunos elementos culturales significativos (tales el campaniforme marítimo o técnicas metalúrgicas). Esos braquicéfalos aparecen normalmente por toda Europa, en relación con un proceso bien estudiado por R. Riquet en el Occidente continental y han sido identificados con seguridad por los antropólogos catalanes en el Pirineo Oriental. Se piensa que ese nuevo componente humano debió producirse en dos oleadas «de invasión», una en el Calcolítico y otra en el Bronce Pleno. Cifrándonos al ámbito pirenaico, las evidencias de braquicéfalos en el II Milenio van disminuyendo progresivamente del Este (por donde, acaso por los pasos del Pirineo gerundense, debieron penetrar) al Oeste (así el grupo de Solsona, en el Pirineo leridano), siendo muy pocos los casos más occidentales (como el de la cueva de los Hombres Verdes en Urbiola, Navarra).

Junto a tal proceso de braquicefalización se aprecia otra dinámica habitual en las poblaciones del Segundo Milenio peninsular: con un predominio cada vez mayor de los mediterráneos gráciles a costa de los robustos y la desaparición de los tipos paleomorfos.

En el Pirineo vasco y zonas próximas aquel diagnóstico antropológico común a toda la Cadena habrá de matizarse en dos aspectos concretos:

- a) la escasa importancia de los tipos braquicéfalos;
- b) la perduración de los paleomorfos cromañoides (entre ellos, los del tipo pirenaico-occidental, o vasco) no sólo en las Edades de los Metales sino, como es sabido, en su evolución en formas actuales (T. de Aranzadi 1922; J. M. de Barandiarán 1947).

El cuadro de poblaciones planteado por J. M. Basabe (1967) sobre la muestra de restos del Calcolítico en cuevas sepulcrales del Oeste alavés ofrece una proporción muy fuerte de mediterráneos gráciles (en torno al 60 %), una presencia notable del componente pirenaico-occidental (15 %) y de otros con rasgos paleomorfos (mediterráneos robustos, eurofricánidos, o de tipo Baume Chaude). La misma estructura «inter-racial» de las poblaciones de la época —siglos XX a XVIII, aproximadamente— se detecta en otras estaciones; aunque sean distintas, lógicamente, las proporciones entre los dos principales componentes, el mediterráneo grácil y el pirenaico-occidental. Mientras que los pirenaico-occidentales predominan sensiblemente en los depósitos funerarios de la vertiente septentrional del País (así en dólmenes de Aitzgorri o Aralar), son los mediterráneos gráciles los más numerosos en los del Sur (tal los dólmenes de la orilla derecha del Ebro en La Rioja; o el sepulcro colectivo en fosa de La Atalayuela, poco al Sur de Logroño, con sólo una quinta parte de pirenaico-occidentales frente a una dominante absoluta de mediterráneos gráciles).

Unos y otros tipos humanos han debido convivir normalmente en aquellas épocas: sus cadáveres eran depositados indistintamente en los mismos sepulcros colectivos, sin diferencia apreciable en la disposición o selección de los ajueres que los acompañan.

La estructura de la población de los depositados en las cuevas alavesas del Calcolítico indica (Basabe 1967) una fuerte mortandad infantil y de los menores de 30 años, en general (que suponen el 50 % de los inhumados): con una pirámide de edades que comprende un 25 % de infantiles, un 20 % de juveniles, un 45 % de adultos y un 10 % de maduros (entre los 41 y los 60 años de edad). En el sepulcro colectivo de La Atalayuela —con una muestra de 70 a 80 individuos— la mortalidad infantil era próxima al 40 % (J. M. Basabe 1978). El control efectua-

do por L. A. Guerrero (1975) sobre un lote de 725 individuos hallados en dólmenes catalanes, ofrece un 21,9 % de la población de infantiles (= 10,5 % de la primera infancia y 11,4 % de la segunda), un 10,7 % de jóvenes, un 45 % de adultos, un 12,5 % de maduros y un 7,7 % de seniles.

A partir de mediados del II Milenio y hasta bien entrados los tiempos históricos nuestra carencia de datos sobre la antropología física de los ocupantes de este territorio es casi total, con la excepción del depósito de la cueva de los Hombres Verdes en Urbiola (Navarra), bien estudiado por M. Fusté. El covacho de Urbiola, que excavó en parte Maluquer de Motes (1962), había sido explotado para el beneficio de algunos filones de cobre que allí afloran por un grupo de población en el Bronce Avanzado. La misma cavidad fue utilizada, precisamente, como cenotafio de algunos de los componentes de aquella banda de mineros/metalurgistas. La serie que estudió M. Fusté (1965, 1982) se componía de un mínimo de 35 individuos (según el control de huesos largos), aunque sólo 15 cráneos permitían algún diagnóstico concreto.

Según el estado de emergencia de las piezas dentarias y el cierre de la sincóndrosis esfenoccipital, M. Fusté (1982, p. 4) estableció el siguiente cuadro de mortalidad por edades: un 37,5 % antes de los 5 años, un 25 % entre los 5 y los 18/20, un 28,1 % entre los 20 y los 30, y un 9,4 de más edad. Es decir, que «el 62,5 % aproximadamente del contingente de la población no alcanzó la edad adulta y que sólo alrededor del 10 % de la misma vivió hasta edades algo avanzadas»: lo que concuerda, en líneas generales, con lo sabido sobre las poblaciones neoneolíticas peninsulares.

Lo más importante de la serie de Urbiola es la caracterización de sus índices cefálicos: hay dos doliocráneos, cinco mesocráneos, dos braquicráneos y un hiperbraquicráneo. Lo que evidencia una composición heterogénea del grupo, y de marcado carácter «exótico»: mientras que los dos doliocéfalos son de probable tipo mediterráneo, el resto debe calificarse (Fusté 1965, p. 294) como población alpinoide, a excepción de los dos muy braquicéfalos que se han de incluir en el tipo armenoide. Los caracteres concretos de estos dos testimonios armenoides no dejan lugar a dudas en el diagnóstico de Fusté: notable aplanamiento de la región occipital, gran altura relativa, escasa participación del segmento parietal en el arco sagital, un punto *bregma* muy próximo al vértice (situándose éste muy posteriormente), un opistocráneo muy próximo al *lambda*, y prominente nariz (de dorso convexo).

La presencia de los armenoides en Urbiola refrenda la tesis de movimientos de grupos de población especializada (de poca gente, dedicada a la prospección de los metales o al comercio) en el seno de las etnias indígenas, durante la segunda mitad del II Milenio. Se pueden aproximar, sin reticencia alguna, las evidencias de la cueva navarra a otras detectadas en estaciones de la Cornisa Cantábrica, siempre en relación con explotaciones de cobre en filón: así las cuevas asturianas del Milagro, en Onís, del Moro, en Aramo, y del Bufón, en Vidiago, o la santanderina cueva de Suano. Tales tipos minoritarios (alpinos, nórdicos, dináricos o armenoides, según los controles de índices cefálicos), en el seno de las poblaciones prehistóricas hispanas —en relación con lo apreciado también en el Pirineo oriental y respondiendo a la segunda gran oleada de braquicefalización propuesta por Riquet para el ámbito mayor del Sudoeste europeo—, tendría su origen tanto en zonas más septentrionales de Europa como del litoral oriental mediterráneo. Para Fusté (1965, pp. 294-295), los armenoides de Urbiola formarían parte de las bandas de prospectores de cobre (mineros y fundidores) que, por vía marítima, «se expansionaron por el Mediterráneo procedentes del Próximo Oriente, implantándose, siempre en escasa proporción (por lo menos en el área occidental), sobre un sustrato mediterráneo más antiguo». Concluyendo que ello forma parte de una dinámica mayor de poblaciones, en la que «la llegada de las formas citadas

se iniciaría probablemente durante el Eneolítico y adquiriría la máxima intensidad en las oleadas célticas e invasiones germánicas».

La antropología física no puede decidir objetivamente nada sobre la procedencia «étnica» y las diversas «oleadas» de los «invasores» de la Edad del Hierro. Aunque datos tanto arqueológicos como lingüísticos aseguren la existencia de elementos concretos procedentes tanto de allende el Pirineo (en la Primera Edad del Hierro), como de la Meseta Media (el «horizonte» Cogotas I) o de la Meseta septentrional (el componente «celtíbero»).

5. LA PREHISTORIA RECIENTE DEL PAÍS VASCO COMO SITUACIÓN DE CONTINUIDAD CULTURAL

Superándose los modos de vida paleolítica, de cazadores y recolectores, se piensa que con el desarrollo de los tiempos neolíticos el pastoreo ha debido preceder a la agricultura: basándose quienes han escrito al respecto tanto en argumentos arqueológicos (no abundantes los de importancia directa, desde luego) como etnográficos (modelos de establecimientos rurales, repertorio legendario y léxico euskaldun). Pero las referencias inmediatas a actividades agrícolas (en su utillaje propio y en sus trazas directas —de macrorrestos tanto como palinológicas—) están aún por identificar.

El inicio de la domesticación animal en nuestra Prehistoria ha sido determinado por J. Altuna dentro de un Neolítico Pleno, a partir de mediados del IV Milenio. Según los análisis efectuados en un efectivo no amplio el conjunto de la secuencia Neolítico/Calcolítico/Bronce ofrece sistemas de explotación del medio animal en que se combinan actividades ganaderas y cazadoras. Continuándose el aprovechamiento de carne y derivados de especies salvajes (ciervo, corzo, jabalí, cabra montés: según los parajes) se benefician aquellos grupos humanos de rebaños de ovejas, de cabra y de vacuno, estando también domesticados el cerdo y el caballo (en distintas proporciones según las comarcas y el paso del tiempo).

Coincidiendo con el arraigo de esas explotaciones ganaderas y agrícolas —durante el Neolítico Avanzado y, sobre todo, a partir del Calcolítico— se fue produciendo un abandono progresivo de las cuevas como sitio de habitación, expandiéndose la población en pequeños núcleos de cabañas al aire libre. De especial importancia en la dinámica cultural de esos milenios es la trashumancia pastoril que asegura relaciones reiteradas entre las diversas etnias que habitan a un lado y otro de la Cadena pirenaica y en territorios más alejados de Aquitania o de la depresión del Ebro y Meseta.

En varios aspectos de la cultura tradicional del pueblo vasco ha reconocido J. M. de Barandiarán elementos de origen prehistórico, cuya vigencia perdura —o perduraba hasta hace pocos decenios— en el País. «La trashumancia actual de los pastores con sus rebaños es un modo de vida que ininterrumpidamente (J. M. de Barandiarán 1952, p. 215) ha llegado hasta nosotros desde los tiempos en que la antigua población pastoril pirenaica construía en nuestras montañas los *baratzak* o pequeños cromlechs, o que en época más remota enterraba a sus muertos en los *trikuarriak* o dólmenes tan numerosos en los pasturajes de verano del Pirineo. El mismo poblamiento histórico de los valles altos que, en general, no es otra cosa que la transformación de las granjas o viviendas temporarias de pastores trashumantes en casas de labranza o habitaciones permanentes, es proceso que hemos conocido en algunos lugares del país y cuyo origen cabe situar en el Neolítico».

Se han esgrimido argumentos válidos para demostrar la procedencia foránea de algunos elementos arqueológicos de la Prehistoria en esas épocas. La arquitectura megalítica en general y algunos de sus tipos concretos (como los monumentos de Artajona), el origen y difusión de la especie

cerámica campaniforme, la primera metalurgia del cobre y del bronce, elementos decorativos concretos y hasta el ritual funerario se atribuyen a diversos impulsos foráneos que acaban por implantarse en el sustrato de tradiciones anteriores.

Recientemente ha reunido G. Delibes (1983) suficientes argumentos para apoyar esa concepción del País Vasco como «encrucijada cultural» en el Bronce Antiguo. Ofrece datos arqueológicos contrastados que aseguran la procedencia concreta de algunos elementos culturales, en el siglo XVIII a.C., tanto de la Europa transpirenaica como de zonas meridionales de la Península. Tal permeabilidad del País viene, desde luego, de antiguo —desde el pleno Neolítico—, es perfectamente demostrable en el Calcolítico e inicios del Bronce y ha de ser tenida en cuenta por quienes abordan en el ámbito de lo «paleohispánico» el estudio de los procesos de formación e influencias entre los diversos espacios lingüísticos.

El análisis de Delibes se centra en varios lotes de ajuares documentados suficientemente en el inicio del Bronce Antiguo (el BZ Al de Reinecke) cuyas áreas genéticas se atribuyen con seguridad tanto al Oeste, Centro y Sur peninsular (así las puntas de tipo Palmela) como a territorios del Continente europeo (botones cónicos, cuentas segmentadas en hueso, arandelas tipo Igaratza, alfileres con perforación en orejeta lateral). Aparecidos unos y otros en diversos yacimientos vascos evidencian un normal flujo cultural de Centroeuropa al Sudoeste del Continente pero también otros influjos a la inversa: situándose el Pirineo vasco, precisamente, en esa zona de encrucijada. Resumiendo sus argumentos (Delibes 1983, pp. 158-160):

1. El País Vasco representa en el Bronce Antiguo la misma función de «filtro de novedades europeas» que se le reconoce en algunos elementos particulares del megalitismo de aquí.
2. Se puede anotar con precisión el origen geográfico y cultural de buena parte de esos elementos arqueológicos que llegan «muy posiblemente al Pirineo atlántico de manera conjunta, como consecuencia de un mismo impulso, o de la proyección hacia Occidente de un determinado fenómeno cultural».
3. Dichas evidencias que aparecen aisladas en varias estaciones vascas se agrupaban sistemáticamente, hasta constituirse en lotes destacados de «fósiles-guía», en la provincia suroccidental de la civilización de Unetice. Que se proyecta, como es sabido, hacia el Oeste, en la civilización del Ródano y, por el Ariège, se rarifica hacia el Sur, «alcanzando, obviamente por camino nortepirenaico o simplemente pirenaico, el País Vasco y la Ribera del Ebro».
4. La teoría del movimiento de reflujo campaniforme (en la fase III) propuesta por E. Sangmeister pudiera justificar este arrastre de elementos concretos de ajuar que penetran por el Pirineo Occidental. Aquí «aculturán» sobre los sistemas tradicionales de enterramiento, de «modo intrusivo» en las anteriores tumbas colectivas.
5. A la inversa, las puntas de tipo Palmela del País Vasco (en Los Husos y San Sebastián II en Álava; Sakulo y Obioneta en Navarra; o la próxima de Miranda de Ebro) deben venir del Sur: «de la Meseta en primer lugar, de Andalucía y Portugal en último extremo».

En fin, que «puede afirmarse que por el camino gascón llegó el influjo europeo del Bronce Antiguo, pero que también por él salieron algunos elementos hispanos hacia la Europa templada» (Delibes 1983, p. 160).

Ese proceso de asentamiento de poblaciones que antes hemos anotado y la acumulación de tradiciones culturales va conformando, desde el Neolítico Pleno, la composición básica de una etnia concreta en diversas matizaciones territoriales. En un planteamiento exclusivamente antropológico define J. M. Basabe (1967, pp. 75-76) el proceso, a partir del relativo aislamiento impuesto a las zonas montañosas del País, en su intrincado relieve, que, «acompañado de fenómenos de endogamia... y deriva genética fue plasmando el legado genético de los dolmenes y cuevas y hoy pervive tal vez en el biotipo» de las poblaciones actuales.

De modo bastante simple se había solido afirmar que en toda la franja septentrional de la Península el progreso más definido en cuanto a modos de asentamiento, de organización social y de sistemas de producción había de ser atribuido a los invasores «europeos» de la Edad del Hierro. Sin embargo, excavaciones cuidadosas en estos últimos años aseguran que desde el Bronce Pleno poseen bastantes de las comunidades indígenas aquí asentadas las formas básicas de la cultura material y usos que se habrían atribuido a aportación de lo hallstático. Se constituyen poblados bien estructurados que agrupan colectividades humanas apreciables dedicadas a una variada explotación de recursos ganaderos y agrícolas. Dataciones absolutas en torno a los 1600 a.C. para un rico poblado de agricultores cerealistas (con simientes seleccionadas de trigo) en Frías de Albarracín (Teruel) o, más cerca de nosotros, las excavaciones en curso en Moncín (campo de Borja, en Zaragoza) revelan la existencia de asentamientos estables de agricultores y ganaderos de estilo «muy moderno», en cuyo régimen de explotación se dan cereales (trigo y cebada) y productos como la vid y el olivo, en tanto que se lucran de especies domésticas como el ganado de oveja, de cabra, vacuno y caballo: en fechas del Bronce Pleno y Final, por los siglos de transición del II al I Milenio. Todo lo cual se refrenda en trabajos ahora mismo en curso en Palerno (Bajo Aragón) y en La Hoya (Rioja alavesa).

Aparte de producirse, pues, un anticipo de muchas de las innovaciones que solían referirse al saldo de los invasores célticos —y que, de hecho, se estaban acumulando desde varios siglos antes—, ocurren curiosos fenómenos de perduración cultural de costumbres y técnicas de raíz antigua en el contexto de las estaciones del Bronce Final y de la Primera Edad del Hierro. Al examinar, en concreto, el uso funerario de la cavidad de los Hombres Verdes de Urbiola, Maluquer de Motes (1962, p. 423) apreció la persistencia del ritual de inhumación en un «momento decididamente tardío, contemporáneo de la Edad del Hierro de otras zonas (la Ribera navarra, por ejemplo)», lo que supone «la persistencia de una tradición local y una continuidad de ritual funerario, que comporta la utilización de criptas colectivas y se enlaza con la etapa megalítica».

6. NOTAS ARQUEOLÓGICAS SOBRE LA PRIMERA EDAD DEL HIERRO Y SU DESARROLLO EN EL PAÍS VASCO

Los arqueólogos especialistas en estas etapas de nuestra Prehistoria Final aprecian en la transición del Bronce al Hierro una serie significativa de caracteres comunes a las diversas regiones peninsulares afectadas por la supuesta invasión. Como sintetizó A. Marcos (1966, pp. 170-171) «...aparecen poblados con viviendas estables y agrupadas, edificados en lugares algo dominantes y en zonas susceptibles de provechoso cultivo... gentes generalmente incineradas». Resultando así «que los introductores en el País de algunos elementos propios de una cultura aldeana de fuerte base agrícola (en realidad, de economía mixta) fueron los pueblos indoeuropeos que de acuerdo con las fuentes escritas y los datos arqueológicos solemos llamar (simplificando y no siempre con razón) celtas, y que llegaron a la Península en uno o en varios momentos del primer milenio a.C. (en todo caso antes de la conquista romana)».

La incineración se extiende por primera vez por la Península, en relación con rasgos arqueológicos genéricos de la cultura de los campos de urnas (*Urnfield*). «Tan novedoso rito funerario —subraya J. Maluquer de Motes (1972, p. 107)— evidencia la extraordinaria fuerza expansiva (de ese conjunto cultural) y arraiga rápidamente en todos los pueblos de la Península desde Cataluña y el Levante a los más occidentales». Incluso «todas las culturas posteriores —ibérica, celtibérica, tartésica, etc.— serán típicamente de cremadores no reapareciendo el rito de inhumación».

hasta la arribada de elementos mediterráneos exóticos (como focenses, cartagineses y romanos)». La justificación de tales fenómenos de expansión y arraigo —continúa Maluquer de Motes— suscita la necesidad de reconocer la existencia de grupos reales de invasores, llámense celtas por comodidad, o, si no, europeos: cuya actividad deja de ser reconocida a partir del siglo VI a.C.

Los paisajes de Euskal Herria suscitan, en una primera aproximación al tema, una dualidad de establecimientos en esta Edad del Hierro. En las tierras medias y bajas, junto a los cauces del Ebro y su red de afluentes o en cresterías y elevaciones se establecen poblados amurallados que acogen comunidades agrícolas; en su proximidad se implantan campos de incineración en urnas o bajo túmulo. Mientras que en las majadas y zonas de pastos de montaña hay grupos de pastores que dejan escasos restos de habitación en algunas cuevas y numerosas estructuras circulares de piedra que les servían como sepulturas de incineración.

La hipótesis de la dualidad de corrientes invasoras en la Primera Edad del Hierro, de stirpe céltica, fue perfilada sustancialmente por P. Bosch Gimpera (1942). Sugiriendo las diferencias existentes entre otros tantos pares de posibilidades en cuanto a la procedencia y etnia de los invasores, a las fechas de las oleadas y a las rutas de penetración y áreas de asentamiento por la propia Península. Mientras que los grupos del *Urnfield* habrían penetrado por el Pirineo catalán, los que lo hicieron por el vasco pertenecerían a otra etnia.

El problema de esos procesos de invasión se suscita para nosotros desde una perspectiva exclusivamente arqueológica, tal como anotó el mismo Bosch Gimpera. Y debe ser resuelto, por ello, a partir de criterios y controles propios de la Arqueología: a saber, de tipología material, de estratigrafía y —cuando se pueda— de dataciones por el C14 o de termoluminiscencia. De esa forma podremos un día perfilar los diversos aspectos del problema resolviendo las siguientes incógnitas:

- I. Cuáles son los rasgos propios —en ajuares, contrucciones, usos funerarios e iconografía— de los recién llegados, y en qué se diferencian de los ya existentes en los lugares donde se establecen.
- II. Cuáles son su evolución y cambios y si fuera posible establecer áreas diferenciables en el interior del genérico territorio céltico peninsular.
- III. Qué hechos stratigráficos apoyan cualquier conjetura tanto sobre contemporaneidad como sobre sucesión entre las situaciones culturales controladas en todo el espacio estudiado durante ese largo medio milenio (de los siglos XII u XI al VI o V). Cómo se justificarían, por ello, contactos o derivaciones con respecto a lo preexistente a la invasión y cómo habrían de entenderse relaciones de precedencia o de aculturación con respecto a las «culturas» posteriores (lo celtibérico, o lo ibérico, por ejemplo).

El incremento de las excavaciones y prospección de nuevos emplazamientos así como revisiones muy cuidadas de los lotes de ajuares están mostrando, en estos últimos veinte años, facetas antes no sospechadas en el núcleo mismo del tema. Síntesis bien conocidas de J. M. de Ugartechea, de A. Castiella o de A. Llanos y hallazgos importantes en yacimientos en curso de excavación (como Berbeia y La Hoya en Álava o La Custodia de Viana y El Castellar de Mendavia en Navarra, o en estaciones sepulcrales del Pirineo por J. Blot) y la reanudación de los trabajos de campo en yacimientos ya conocidos (como Cortes en Navarra, Navarniz en Vizcaya, Inchur en Guipúzcoa, o El Redal en Rioja) acumularán, sin duda, un caudal de evidencias absolutamente superior a cuanto se disponía hasta ahora. De especial importancia son, también, para la más segura comprensión de nuestra Edad del Hierro las aportaciones de quienes trabajan en regiones próximas: A. Coffyn y J. P. Mohen en Landas, G. Delibes en la Meseta Nordoriental o R. J. Harrison en Aragón.

No parece posible entender el abigarrado conjunto de evidencias arqueológicas que se atribuyen a las culturas surgidas de las invasiones célticas si no se reconocen «movimientos de población

muy complejos que se producen no sólo cruzando el Pirineo hacia el Sur sino en ambas direcciones» (Maluquer de Motes 1972, p. 110). Esas relaciones entre los pueblos de ambas vertientes, así como con otros más o menos próximos de otras áreas atlánticas o mediterránea o del interior de la Meseta y del Centro y Este de Francia, existían desde hacía bastantes siglos, se controlan durante la Primera Edad del Hierro y explican algunos procesos de evolución posterior. La trashumancia pastoril o el intercambio comercial y difusión de técnicas y artesanías (o incluso de materias primas) se perfila con seguridad, matizando o corrigiendo aquel planteamiento simplista de las invasiones mayores. Estos grupos reducidos, formados tanto por indígenas como por minorías foráneas, se mueven con facilidad y reiteradamente y asumen, transportan o transmiten muchos de los elementos culturales que acabarán integrándose en las masas de población autóctona más estabilizadas.

J. Maluquer de Motes ha sintetizado todo ese proceso cultural del ámbito pirenaico y cuenca del Ebro en varios estadios (Maluquer de Motes 1972, pp. 117-118):

- I. A partir de fines del Bronce Medio se anotan con seguro apoyo antropológico, indicios muy fiables de infiltraciones de aquellos grupos minoritarios de origen transpirenaico. Practican ritos, similares a los indígenas, de inhumación colectiva en cuevas, y se dedican a la búsqueda y explotación del mineral de cobre. Casos como los de Urbiola, del Solsonés o de Riner ejemplifican esa situación de «grupos pequeños procedentes de Europa Central que traspone el Pirineo incluyendo elementos de procedencia alpina con una cultura material relacionada con las tradiciones del Bronce Medio. Sólo aparecen al Norte del Ebro pero su distribución indica que llegan por ambos extremos de la cadena pirenaica».
- II. La etapa siguiente en el proceso de invasión la marca un conjunto muy significativo de caracteres cerámicos que señala una cesura nítida entre lo conocido como tradición Neoeolítica y del Bronce Pleno y estas novedades de origen continental. Ocurre eso en torno al 1000 con «la llegada continua de grupos, numerosos pero de poca uniformidad: unos con predominio de elementos propios del Sur de Francia y otros más o menos integrando la *Urnfield*». Arqueológicamente significa el momento más propio del Bronce Final. Algunas de esas gentes, según la propuesta de C. F. C. Hawkes (1969), serían grupos de fugitivos desplazados hacia este lado del Pirineo por el avance de los hallstáticos en sus hogares de Francia.
- III. Se suscitan, de seguido y durante dos siglos, en la cuenca del Ebro «procesos complejos de intercambio y aculturación» entre las oleadas y grupos que cruzan la cadena y se ponen en contacto tanto con los indígenas como entre sí. Entre tanto se produce, por otra parte, la penetración y asentamientos masivos en la Meseta y más hacia el Oeste.
- IV. A partir del siglo VI, finalmente, se consolidan como culturas definidas, lo celtibérico y lo ibérico.

En resumen, de todo ello se deduce, desde una perspectiva exclusivamente arqueológica, es decir, de tipología instrumental, de disposición estratigráfica y de datación absoluta:

- a) La conexión de bastantes de los más característicos yacimientos de nuestra Edad del Hierro con establecimientos y ajuares que remontan al Bronce Final y hasta al Pleno, o sea a medio milenio antes, como poco y de inmediato. Y, en algunos casos, al Bronce Antiguo y al Calcolítico.
- b) La complejidad de las situaciones en el seno de ese horizonte genérico de lo céltico o Edad del Hierro. La percepción de los hechos (ergología, habitación, urbanismo, usos funerarios) que la Arqueología controla en esos siglos se puede ordenar en «estadios de evolución» no siempre lineal, en complicadas situaciones de aculturación, y se comprendería como resultado de la convergencia de factores autóctonos y foráneos no claramente diferenciados. Por ejemplo, puede traerse al recuerdo la extrema variabilidad controlada en lo referente a las viviendas (en plantas circulares o angulosas, con estancias diferenciadas o no, con diversas distribuciones de bancos y hogares, tan distintas en cuanto al material utilizado —madera,

adobe, piedra—...) o la organización superior en el urbanismo de los poblados. Los ensayos recientes de tipología urbanística (así A. Llanos 1981) sugieren varios juegos de explicación a ese abigarrado panorama: en que ya no bastan las consideraciones diacrónicas de antaño sino que deben tenerse en cuenta necesidades y modas de origen funcional, estructural, étnico, grupal o de influjo cultural.

El modelo de referencia más próximo y atractivo está siendo excavado, de modo ejemplar, por A. Llanos desde 1973 en el poblado de La Hoya, en Laguardia. La acumulación de escombros de las diversas fases de habitación de ese espacio se sucedió, desde luego, durante más de un milenio. La buena situación del sitio, en el reborde meridional de la Sierra de Cantabria y de cara a la ribera del Ebro, produjo la continuidad de La Hoya a lo largo de diversas etapas de la Prehistoria Final y de la Protohistoria. Con adaptaciones urbanísticas y funcionales del poblado y cambios en el equipamiento de sus habitantes que se definen con gran seguridad estratigráfica. De modo esquemático, La Hoya ofrece (A. Llanos 1982) las siguientes etapas de ocupación:

- I. La primera, datada por C14 en la transición de los siglos XVII a XVI, con trazas del campaniforme tardío.
- II. Otra posterior —fechaada por C14 en 1270 ± 90 a.C. (en pleno siglo XIII)— atribuida al Bronce Final, con construcciones de madera formando un cerco de empalizada al que se adosan las viviendas. Se asegura todo por postes fijados con cuñas de piedra a agujeros cavados en la roca de base del sitio. Urbanísticamente, define Llanos esta estructura como la ocupación perimetral del espacio dejando libre la zona central para usos complementarios y acaso comunales.
- III. En la Primera Edad del Hierro «el poblado sufre un importante cambio en varios aspectos, especialmente en el constructivo»: aunque continuándose la disposición de distribución perimetral de las casas, se empiezan a ocupar los espacios centrales con alguna edificación (Llanos 1982, p. 304). La piedra, el adobe y los entramados de madera se emplean como elementos básicos en las paredes de las casas que son de formas angulosas y de superficies cada vez más amplias (hasta pasados los 60 m²).
- IV. En la Segunda Edad del Hierro —cuyo nivel más profundo se fechó en 460 ± 85 — se produce la implantación de lo celtibérico. Cambia la estructura general del poblado, ocupándose toda la superficie del sitio con un trazado reticular en manzanas y una red vial bien definida con aceras, pasos, etc. El interior de cada vivienda se organiza en espacios definidos para cada uso particular.
Los ajuares y los modos de subsistencia cambian en La Hoya paralelamente a esa sucesión estratigráfica: el pastoreo y otras actividades agrícolas testificados hasta antes del siglo V como ocupaciones básicas de la población son sustituidos en la etapa celtibérica por una desarrollada economía cerealista.

La evidencia, pues, de una progresión de muchos de los yacimientos de la zona desde un Bronce avanzado a lo hallstático y a lo celtibérico se completa con un inicio anterior (desde el Bronce Pleno), con una mayor complejidad de la etapa nodal de nuestro Hierro (que se matiza en un horizonte Cogotas I, como en La Hoya o en Berbeia, emparejable con las culturas contemporáneas de la Meseta) y concluye, tras lo celtibérico, con trazas de ocupación (esporádica, casi siempre) en épocas posteriores.

De especial interés es la identificación en el Pirineo vasco de numerosas construcciones circulares, conocidas en la tradición popular como huertos de gentiles (*jentilbaratzak*, *mairubaratzak*) y controlados en un amplio territorio desde el Pirineo Central (en Ossau, Ger y Guarrinza) a ambas vertientes del Pirineo vasco. Las excavaciones practicadas en ellos (por J. M. de Barandiarán, T. Andrés, J. Blot y, recientemente, X. Peñalver) determinan su uso funerario, para contener cenizas de los difuntos, con una cronología que, por C14, se escalona dentro del I Milenio a.C. (sobre todo entre los siglos VIII y IV, en Baja Navarra). Aunque teóricamente continuarían

una tradición «mega-lítica» y de ocupación de las mismas zonas conocidas por los pastores del Neolítico avanzado y del Calcolítico, el uso en incineración y la propia arquitectura del monumento los distancian radicalmente del significado cronológico-cultural de dólmenes y túmulos. Por otra parte, controles de cartas de distribución de estos «cromlechs» vascos, por J. Blot, ofrecen una significativa diferencia en su ubicación (en altitudes entre los 500 y los 1.500 m.) con respecto a la habitual de las anteriores tumbas de inhumación dolménicas (entre los 150 y los 600): en los casos de Iparralde. Esa diferencia de altitudes se corresponde con otra, lógica, de caracterización de los parajes en que se sitúan unos y otros monumentos funerarios: los cromlechs de la Edad del Hierro en zonas altas y despejadas y más de cumbre, en parajes expuestos a los vientos, frente a los dólmenes junto a majadas y en sitios más resguardados. Por lo común los cromlechs se agrupan en series numerosas, frente al relativo aislamiento de las tumbas dolménicas.

7. EN CONCLUSIÓN

Podemos reiterar opiniones expuestas hace poco (I. Barandiarán 1984, pp. 83-84) sobre los procesos culturales de nuestra Prehistoria Final. Concebida como progresión de un *continuum* humano, tecnológico y de usos y modos de subsistencia, en el que inciden reiterados influjos externos a este *país de encrucijada*. Se trata de una situación que un razonamiento arqueológico estricto nos fuerza a remontar al menos al paso del V al IV Milenio, reconociendo el juego combinado de tres series de factores demográfico-culturales, comunes en principio a todo el Pirineo Occidental y tierras aledañas.

- I. Un proceso de asentamiento de poblaciones anteriores, que abandonan la ocupación de cuevas, constituyendo las primeras habitaciones artificiales exentas —agrupadas o no— y conociendo, al fin, estructuras urbanísticas más complejas. Acompañado ese proceso por otro, en parte paralelo, de sustitución del aprovisionamiento de materias alimenticias por caza y recolección por otras actividades de pastoreo y agricultura, que culminan con el desarrollo cerealista de avanzado el I Milenio.

De hecho no se produce una sucesión total de esos estadios culturales, al mismo tiempo y en todas partes: sino que condiciones territoriales, funcionales o simplemente atávicas producen abundantes casos de coexistencia y de aculturación de situaciones consideradas teóricamente diacrónicas.

- II. Una presencia de elementos étnicos y de cultura material indudablemente foránea que se percibe, en diversos controles del Neolítico Pleno (el ritual megalítico *in genere*, los tipos raciales mediterráneos), del Calcolítico y Bronce Antiguo (el campaniforme, la primera metalurgia del cobre, ajuares concretos), del Bronce Pleno y Final (el desarrollo de la metalurgia del bronce, los braquicéfalos «alpinos/dináricoarmenoides»), y del Bronce Final (Primera Edad del Hierro (los ritos de incineración, la nueva tipología cerámica...)). Provocando en las etnias asentadas en el País reacciones de asimilación o de adaptación que se van hoy dilucidando.
- III. Una serie de movimientos migratorios constantes, de mayor o menor alcance espacial, por parte de quienes se dedican en esos milenios a faenas pastoriles o mercantiles/técnicas especializadas. Autóctonos o forasteros van asegurando una cierta uniformidad de las comarcas que frecuentan en cuanto a ajuares, tecnología y hasta ritos funerarios y gustos iconográficos lo mismo que en cuanto a especies y razas de ganado que se explotan, a costumbres y a idiomas.

En fin, que sólo podrá ser bien entendido el período de varios milenios que precede en nuestro territorio a esa situación de lo «paleohispánico» en el contexto de «una bien determinada área

cultural propia (pirenaico-occidental, o vasca, como se quiera) ya desde entonces, fruto de un complicado proceso en que sobre un fuerte y demostrado sustrato autóctono (al menos, anterior) se asientan y se asumen innovaciones varias comunes a los pueblos del Occidente europeo».

IGNACIO BARANDIARÁN

BIBLIOGRAFÍA

- ARANZADI, T. de, 1922, «Síntesis métrica de cráneos vascos», *Revista Internacional de Estudios Vascos* 13.1, pp. 1-60; 13.3, pp. 337-363.
- BARANDIARÁN, J. M. de, 1934, *El hombre primitivo en el País Vasco*, Zabalkundea, San Sebastián.
- 1947, «Antropología de la población vasca», *Ikuska* 2.6/7, pp. 193-210.
- 1952, «La Prehistoria en el Pirineo Vasco. Estado actual de su estudio», *Actas del Primer Congreso Internacional de Estudios Pirenaicos* IV.III, pp. 209-218 (Zaragoza).
- 1953, *El hombre prehistórico en el País Vasco*, Ekin, Buenos Aires.
- BARANDIARÁN, I., 1984, «Caracteres del territorio y del poblamiento de Álava en la Prehistoria», *La Formación de Álava. 650 Aniversario del Pacto de Arriaga. Ponencias*, pp. 63-90 (Vitoria).
- BARANDIARÁN, I. - VALLESPÍ, E., 1984, *Prehistoria de Navarra*, 2.ª ed. Trabajos de Arqueología Navarra, Pamplona.
- BASABE, M. J., 1967, «Restos humanos de algunas cuevas sepulcrales de Álava», *Estudios de Arqueología Alavesa* 2, pp. 49-92.
- 1978, «Estudio antropológico del yacimiento de La Atalayuela (Logroño)», *Príncipe de Viana* 152/153, pp. 423-478.
- BOSCH GIMPERA, P., 1923, «El problema etnológico vasco y la arqueología», *Revista Internacional de Estudios Vascos* 14.4, pp. 589-660.
- 1926, «La prehistoria de los iberos y la etnología vasca», *Revista Internacional de Estudios Vascos* 16.4, pp. 3-34.
- 1932, *Etnología de la Península Ibérica*, Barcelona.
- 1942, «Two Celtic Waves in Spain», *Proceedings of the British Academy* 27, pp. 7-126.
- 1945, *El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España*, Imprenta Universitaria de México.
- CARO BAROJA, J., 1943, *Los pueblos del Norte de la Península Ibérica (Análisis histórico-cultural)*, Madrid.
- 1945, *Materiales para una historia de la lengua vasca en su relación con la latina* (Acta Salmanticensis I.3).
- DELIBES, G., 1983, «El País Vasco encrucijada cultural en el inicio del Bronce Antiguo (s. XVIII a.C.)», *Varia. II. Departamento de Historia Antigua. Serie arqueológica* 9, pp. 131-164 (Valencia).
- FUSTÉ, M., 1965, «Algunas observaciones acerca de las poblaciones prehistóricas y proto-históricas del Norte de España», *Actas del XXVII Congreso Luso-Español de la Asociación Española para el Progreso de las Ciencias* II, pp. 290-296 (Madrid).
- 1982, «Restos humanos de la cueva de los Hombres Verdes en Urbiola (Navarra)», *Trabajos de Arqueología Navarra* 3, pp. 3-41.
- GUERRERO, L. A., 1975, «Estudi antropológic dels dolmenics de Can Cuca (Su. Lleida)», *Ilerda* 36, pp. 251-270.
- 1977, «Antropología prehistórica de Cataluña», *Iera Taula Rodona d'Antropologia Catalana*, pp. 31-37 (Lérida).
- HAWKES, C. J. C., 1969, «Las relaciones atlánticas del mundo de Tartessos», *V Symposium Internacional de Prehistoria Peninsular*, pp. 185-197 (Barcelona).
- ILLANOS, A., 1981, «Urbanismo y arquitectura en el primer milenio antes de Cristo», *El hábitat en la historia de Euskadi* (ed. Colegio de Arquitectos Vasco-Navarro, Bilbao), I, pp. 49-73.
- 1982, «Desarrollo del poblamiento prehistórico en la Rioja alavesa en base a la excavación del poblado de La Hoya (Laguardia-Álava)», *Cuadernos de Sección. Antropología, Etnografía, Prehistoria, Arqueología* (Sociedad de Estudios Vascos) 1, pp. 303-369.
- MALUQUER DE MOTES, J., 1962, «Cueva sepulcral de Urbiola», *Príncipe de Viana* 23, pp. 419-423.
- 1972, «Late Bronze and Early iron in the valley of the Ebro», *The European Community in Later Prehistory. Studies in honour of C. F. C. Hawkes*, eds. J. Boardman, M. A. Brown, T. G. E. Powell (Londres), pp. 107-120.
- MARCOS, A., 1966, «Esquema sobre la relación cultural entre vascos, indoeuropeos y romanos», *Problemas de la Prehistoria y de la Etnología vascas. IV Symposium de Prehistoria Peninsular*, pp. 169-172 (Pamplona).

- NEUSTUPNY, E., 1976, «Paradigm lost», *Glockenbecher Symposium. Oberried 1974*, eds. J. W. Lanting, J. D. Van der Waals (Bussum), pp. 241-248.
- RIQUET, R., 1967, *Populations et races au Néolithique et au Bronze Ancien* (Tesis doctoral, ej. multicopiado; dos volúmenes), Burdeos.
- TOVAR, A., 1950, «Sobre la complejidad de las invasiones indoeuropeas en nuestra Península», *Zephyrus* 1, pp. 33-37.
- VALLESPÍ, E., 1972, «Hipótesis de trabajo sobre el sustrato arqueológico de la romanización del País Vasco meridional (Álava y Navarra)», *La Romanización del País Vasco (Segunda Semana de Antropología Vasca)*. *Estudios de Deusto* 20.46, pp. 241-250.